

GEORGINA

Habla, voz lejana, mundo secreto...

Clemens Brentano.



—1—

YA vienen, otra vez,
las águilas terribles,
las agresivas afanadoras,
trayéndome en sus garras
la humedad de los himnos,
los incandescentes nombres?
ya vienen, sí, las palabras,
viejas e inholadas recién nacidas,
a picotear sobre mi frente,
a mordirme en el signo,
a dejarme en el alma
la verberación de sus lenguas.
Oh, dolorosos pájaros,
oh, leños del entendimiento.
Vuelan sobre mí, buscando hambrientas
alimento
(imágenes de polvo, verbos fríos)
y de pronto, descubriéndolo,
se dejan venir con todo el peso de sus uñas,
clavándose en la diminuta entraña
de mis símbolos,
como las aves marinas
cuando miran que nada un pez propicio.
Vuelan, sojuzgándome,
batiendo sus tempestades,
y yo las recibo y me dejo
conducir por sus alas,
otra vez,

ahora en el atardecer de mis huertos,
cuando de los árboles se han desprendido
las hojas comunicantes, domingos,
fiestas y cementerios,
y sólo queda el recuerdo, apenas nada.
Todo me parecía haberlo dicho,
todo,
y con el hastío que dejan las horas
consumidas,
apacentaba mis recuerdos,
cuidando a cada uno, contándolos
al incendio postrero,
como hace el pastor con sus rucacas balantes.
Más, ay, las invasoras regresan,
renovados imperios transportando.
Regresan, inéditas, futuras,
antiguas como el éter,
y comiendo intuiciones y delirios,
me dan los materiales para la construcción,
biedras y augurios.

EN la pantalla de las revelaciones
quemada por la súbita visión,
se me apareció una mariposa blanca:
evoloteaba, temblando
sobre los damascos del sueño,
enviándose con la palpitación de sus alas
un ruido acariciado por el misterio,
espacio y lejano, sumamente indecible,
entonces comprendí que era el alma de
Georgina,
el amado fantasma de mi sangre
que mis padres hicieran
con pequeñas retamas y suspiros
un día que se fue con las nubes
para siempre,
muerta al nacer, ay,
como el boceto de un ángel apenas intuido.
Juró lo que una rafaga,
intió un instante y se volvió perpetua,
firmó sin ruido, como el viento
cuando aspira el aroma de una rosa cortada.
La recién dormida tornó a la noche,
el miligramo de su historia fue apenas
el nombre de Georgina.

¡Georgina! He aquí, por lo menos,
algo de ella:
la casa de su alma,
la envoltura terrenal que nos deja.
Así como los objetos habitan en sus nombres,
así Georgina
es el castillo en donde mora y se aparece
arrastrando su olvido.
Oh encarnación de un nombre
en la memoria, consuelo de la destrucción;
fluido enojosamente sonoro,
cuando debe poseer la haturaleza
de la arena que, ciega,
estructura las modulaciones del silencio.
Pero las palabras tienen alma,
de lo contrario serían cadáveres de instru-
mentos:
mi pequesísima sin nadie,
depositada en ocho pétalos transportables,
adquiere consistencia de parábola y cielo.
Oh lejana
murmuración de la sangre,
oh caracol retrospectivo
reproduciendo en mis sienas la ola infinita.
Desde las campañas solares,
bañado por la realidad y sus costumbres,
en relojes y trenes y señales
absolutamente consciente, dueño de mis pac-
tos,

imploro tu presencia en la disgregación de mi ser,
cuando mis voliciones cesan, y comienza
la radiante comprobación del espacio.
¿En dónde estás, celeste hermana
que destruida caminas en mi canto
como una hormiga con su hojita de lluvia?
Muy de tarde en tarde, ¡ay! vez nunca,
o acaso cuando en el fondo de mi nada
ocurre el estallido de una burbuja,
emerge su imagen
a herir con impalpables envíos
la memoria,
y desprendiéndose de la muerte,
avanza en la carroza de su principio,
sonámbula y abstracta,
materializándose en la humedad del recuerdo
para mirarme e imantarme.
Ah, entonces,
del submarino reino en donde flotan
las doncellas futuras,
como una aguja que rasgare el tiempo
llega hasta mí su voz
mojada en una lluvia de ceniza,
como si una arañita nos hablara
en el fondo de un pozo de cristales
y llovieran cabellos y gotas de campanas.
Creo que en algún sitio abandonado
del palacio del sueño, allí en la torre
del Segismundo que perdimos, mana
el agua oscura de los nacimientos,
hecha de musgo y miedos de colores.
Pero no nos debe interesar no saber
quién enciende las lámparas.
No nos debe importar
nuestra ignorancia para los vasos desconoci-
dos,

llenos de una esencia más luminosa que el rocío,
porque, después de todo,
estamos hechos de poleas y émbolos,
de engranajes y acumulaciones de urgencias.
Olvídemos en el día nuestras rocas lunares,
esa plataforma del subviente
para vigilar con la necesaria entereza
la constitución de los sentidos,

haciendo que cada uno logre su paraiso
o su buscada perdición.
Bástenos saber
que en alguna parte de nuestra cita
con las instalaciones del Cirio Ardiente,
nos espera, con paciencia y recelo,
ella, a quien llamo Georgina
y vosotros llamaréis con otro nombre,
porque cada ser tiene el suyo
y se multiplica con la multiplicación de
las hojas.

Ella reúne las líneas del ángulo
formado en el centro de un astro
con nuestra observación y su fulgor.
Es imprescindible la noche callada,
la mano de la serenidad,
el olvido de los deseos,
todo lo que humilla y corroe nuestra simpleza,
para caer como una pluma sobre un lago.
Como una caricia
sobre la pubertad de una manzana;
es aconsejable
inseminarnos por un instante en el origen,
para aspir, también por un instante,
aquello, que, habiéndose extraviado
nos produce nostalgia.
Así las cosas, apagados los incendios,
veremos a Georgina, misterio encendido,
efímero suceso de un encanto
a otros cuerpos vedado.
Circe benéfica,
transforma su alma en una llama blanca,
y a nosotros en ojos auditivos.
Le hablamos y responde
como la cabeza parlante de las ferias,
sólo que la ilusión viene de lejos,
del tiempo
y su saco de estrellas,
del primer vagido de los gigantes,
de madres pariendo entre bosques,
a impregnarnos el polen de la creación;
porque así como la Tierra recibe
polvo incandescente no por ella producido,
y el aroma de un cáliz se fecunda
por un taico en instintos derramado,
así, por la piadosa verificación
de lo que vemos en los simulacros de
la muerte,

recibimos información y alimento,
útiles al vegetal que alienta en nosotros,
oscuro, ciego, inválido,
impenetrable y cercano,
primera palpitación
de un secreto aún no nacido,
pero ya atado con anchas al dios de las semi-
llas,
ya produciendo células que harán el arte,
los presentimientos, lo que el amor insinúa.
Georgina, desde telones inaprensibles,
permite el recuerdo,
accede a que la recojamos en imágenes
tan frágiles que se deshacen
al sacarlas del agua.
Mas aquí está su eco,
la huella presentida de su figura,
hecha con palabras que son a su hábito
lo que la brisa al bosque:
un soplo, un terciopelo invisible,
la sensación de que algo ha pasado
sobre la piel del alma.

EXPLICAR una visión es ventura perdida.
Ellas, las seductoras, encontradas
con esforzada inteligencia o súbito clamor,

no podrán nunca introducirnos
en lo que fue creado
para adornar o conmovir
la clepsidra que somos,
dando perdurabilidad al relámpago.
Así ellas, las palabras,
criaturas difíciles
y no siempre sinceras,
hechas con pedacitos de apariencias,
nos aproximan, nada más,
a los átomos de las cosas,
porque no están hechas para la total
iluminación.
¿Cómo, entonces, aspir lo intangible
que se hace de pronto invasora presencia?
¿Cómo envolver con materiales corpóreos
aquello que por su misma naturaleza
debe permanecer en un rostro sin contorno?
Sin embargo, la aprehensión, o mejor diría,
el rastreo sin linterna en la montaña,
puede y debe intentarse
con las únicas armas que nos dieron,
siquiera para fortalecernos
en la aventura de la búsqueda,
siquiera para comprobar
que la cierva de cornamenta de luna
existe y nos espera, quieta en sí misma,
allá, en la espesura de la montaña, cuando
los cinco arqueros reposan
y nadamos sobre la superficie móvil
y absolutamente poblada del no ser,
ante cuyas formas el vértigo se desploma,
y en donde la belleza se desnuda
para mostrarnos
la intensidad sin límites del abismo.
Es operación no dirina, en cuyos jardines
pardeaban las margaritas del cielo,
aquella no producida por los espías de
la vigilia.

ni siquiera por las emanaciones de los actos,
sino por el lenguaje inóido.
Caed, caed, enigmas enojados,
quemad estas resinas y devolvedme un poco
de lo que fui cuando en el barro
alcé mis llamas.
El tiempo no puede triturar el pasado:
lo asimila y esconde, preparando
en el acto de hoy el germen
todavía no construido.
De esta manera, los seres que pasaron
discurren con rumores transparentes,
y a menudo nos invitan
a contemplar nuestros rostros en sus aguas;
pero, seducidos por espejos contrarios,
atados a las conversiones del día
(gestor de fasciantes ganancias),
olvidamos a los héroes,
que una vez desprendidos de sus hogueras
continúan vigilándonos.
Creedme: sus incandescencias existen,
como existen también las filtraciones
de las criaturas aéreas: sus visitas,
a menudo ignoradas, no permanecen, huyen
apenas perciben cercanía
de sueños poderosos, amos
de brillantes fantasmas.
Pero ellos, los verdaderos,
no son insinuantes, ni traducen
radiografías de conductas,
ni nos ofrecen ventaja para los negocios.
Solamente nos hacen ver
aquello que no vemos,
y sin decir palabras nos instruyen.
Es gozo merecer
la ayuda de semejantes consejeros,

abastecedores de alegría,
escudos pacíficos por cuya vigilancia
el espíritu se complace.
Ah, os aseguro que no hay un sólo
desprendimiento,
un sólo poema,
ni la más (al parecer) insignificante bondad,
sin la iluminación de quienes trabajan
cuando no trabajamos,
se encienden cuando, sin luz aparente,
descendemos debajo de la noche
para recibir la lluvia del universo,
certificando que la más pequeña fracción
de nuestros huesos,
y el peso de la mitad de una pestaña,
forman parte de los andamios de la creación,
en donde los círculos,
inmovilizados a causa de una rotación
vertiginosa,

giran desprendiendo sistemas,
y fin y principio ejercitan en un mismo domi-
nio
la maduración de los caos tranquilos.
He aquí este delicado ejercicio
en las reiteraciones del poema;
cómo, en medio de las vicisitudes
de lo cotidiano,
sitiado por asechanzas hostiles al reposo,
va cumpliendo su propósito,
su indefensa pero indestructible verdad
desde este lado de lo real comprobable,
alimentado únicamente por la intuición
y la fidelidad al esfuerzo,
indicado por huellas que se recibieron
durante el viaje a los extraños mapas
del rocío,

atravesando los archipiélagos de Oniria,
más allá de los paralelos del incendio.
Por eso amo el día desnudo del asombro,
arma de incalculable eficacia: la poesía;
por eso la visión de Georgina
fue al comienzo perplejidad,
azoro mezclado con delicioso temor;
porque hizo que me reuniera con los primeros
estremecimientos de la hierba,
e incorporándome a lo inexplicable
me devolví a la playa de las formas
concebibles

(a la cual pertenecía
en cuerpo y soledad, pasión y hastío)
para que, escalando los farallones de la voz,
esta huella dejase, esta aventura
de ciega zarza ardiente.
Georgina, más hermosa
que la constelación de la Virgen,
viva e inagotable brillaba desde la muerte
(la mía y la de ella)
y cuando el pensamiento le preguntó si era
la continuación de mi alma,
palpitó con más fuerza,
y ofreciéndome como única respuesta
su vibración,
desapareció (más no para siempre)

fundiéndose con el primer suceso de la auro-
ra,
dejando que los pájaros tradujesen
al idioma de la mañana
su lengua oscura y ágil,
su perdido milagro,
mientras los sonidos y los acontecimientos
del mundo
nundaban de pronto mis sentidos.
Es todo lo que puedo decir
de esta experiencia.